

12

TAURUS EN EL RECUERDO

Emilio Lledó

No sé si es bueno o malo empezar, casi obsesivamente, a mirar hacia la memoria. Lo natural sería dirigir siempre la mirada hacia el futuro. Porque en el futuro es donde está la vida, la esperanza, y donde pueden cuajarse los sueños y las utopías; las siempre estimulantes y realísimas utopías. La mirada hacia el futuro solemos lanzarla cuando creemos que hay tiempo para todo, que aún hay tiempo, largo tiempo, para vivir. Pero la mirada hacia el pasado, el tener muchos recuerdos y el evocarlos, parece avisarnos que ya no somos tiempo a la espera, latidos reales que acogerán y modularán nuestras esperanzas, sino tiempo pasado, tiempo ido y perdido. Y sin embargo, a pesar de la inevitable melancolía que podría invadirnos, al comprobar que ya hemos vivido más de lo que viviremos, precisamente porque ser es ser memoria, atisbamos siempre, en el neblinoso horizonte del pasado, sustancia y alientos para configurar lo que todavía nos queda por vivir. No he podido por menos de iniciar, con esta elemental reflexión, la evocación de un pequeño y jugoso rincón de mi propia memoria.

Ser es ser memoria y, también, ser lectura. Al menos para los que, por vocación, profesión o algún otro extraño condicionamiento de nuestras neuronas, hemos tenido que vérnoslas con los libros, y han sido ellos nuestros fieles compañeros de viaje. Porque los viajes necesitan siempre compañía, compañeros. Habría que reivindicar esa hermosa expresión

«compañeros de viaje» y rescatarla de las pringosas manipulaciones ideológicas con que se la ha mancillado. Decían los griegos que lo más triste y miserable de la existencia es la soledad. El viaje de la vida nunca es un viaje solitario, y mucho menos el viaje de nuestra mente, de nuestras palabras. Que esto es también lo que esencialmente somos: palabras, lenguaje. Lenguaje y tiempo. Pero el tiempo de los seres humanos es un tiempo cuajado de memoria, cuajado de lenguajes, que es la forma verdaderamente humana de la existencia.

Cuando contemplo —porque es casi una contemplación— los libros de mi biblioteca, me doy cuenta de que con buena parte de ellos, sería capaz de traer a mi presente espacios de mi tiempo, lugares y sentidos de mi vida. Esos miles de palabras que duermen en sus páginas, que alguna vez leí y me hicieron compañía, no sólo han enriquecido mi mente, y me han hecho dialogar con compañeros que alimentaron la monótona soledad del, tantas veces, aburrido diálogo que arrastramos con nosotros mismos, sino que me han traído la vida de aquellos momentos en que esos libros llegaron hasta mí. Siento que, muchas veces, olvidase poner en su contraportada el lugar y el año en que los compré. Aunque podría adivinarlo casi siempre. Hay, sobre todo, cuatro espacios, en la geografía particular de mi vida, donde podría situar esos libros, esos dialogantes etéreos cuya presencia, sin embargo, era tan poderosa como la de la luz y el paisaje, como la del cuerpo y sus sentidos. El primero de esos ámbitos, digamos, bibliográficos, es el de la adolescencia y los primeros estudios universitarios. Pero, por destinos y azares, apenas conservo sino unos cuantos, queridísimos restos, de esas mis primeras navegaciones por las letras. El segundo, éste ya sí espacioso territorio, fueron los diez años de mi juventud en Heidelberg. Y no es que nos sobrase el dinero. Pero era muy grato caer en las tentaciones que te presentaba la librería Ziebank o Kerle, y escuchar las recomendaciones del librero Obermüller

que ofrecía a Montse las novedades y ediciones de Hofmannsthal, sobre el que ella estaba haciendo su tesis. Hay luego un cuarto, importante, bloque bibliográfico, el de estos últimos veinte años, algunos de ellos pasados en Berlín.

Sin embargo, para esta «memoria de Taurus», tengo que dejar en un lugar aparte el tercer episodio en mi particular historia con los libros. En 1967, después de tres inolvidables años en la Universidad de La Laguna, conseguí o, por decirlo menos pomposamente, saqué la cátedra de Historia de la Filosofía de la Universidad de Barcelona. Porque, las cátedras, las oposiciones, se sacaban, se sacan. No sé muy bien de dónde; pero se sacan.

Entre La Laguna y Barcelona se formó también una parte de mi biblioteca. Sobre todo en esta última ciudad tuvo lugar un inusitado suceso. Yo no sé si es que los editores tenían entonces más amplitudes económicas, el caso es que desde mi llegada empecé a recibir, como generoso obsequio, unos libros de portada blanca y ribetes de distintos colores que hacían juego con el del título. Era una colección, una preciosa colección, que se llamaba «Ensayistas de hoy». Creo que el primero fue *Ética de la revolución* de Herbert Marcuse o, tal vez, *Tres estudios sobre Hegel* de Theodor W. Adorno. Y a ellos siguieron ya obras de Jean Daniélou, Walter Benjamin, G. E. Moore, Clement Rosset, François Chatelet, Teilhard de Chardin, Joseph Lortz, Alexander Mitscherlich, Cioran según Savater, Antonio Márquez, etcétera. Por cierto que el estupendo libro sobre *Los Alumbrados* debí de prestarlo, y no lo he vuelto a recuperar. No sería mala idea que volvieran a publicarlo. Otros muchos autores colaboraban a configurar un horizonte renovador en el mortecino territorio de nuestra cultura. Un territorio que nos sustentaba y en el que se presentían frutos de libertad, de inteligencia, de crítica sin los que es imposible alimentar los cerebros. También me llegaban mucho de los «Cuadernos Taurus» que fomentaban nuestra actividad hacia la esperanza.

Esa estantería de mi biblioteca reconstruye y sostiene una época de mi vida. Al recobrarlos, desde la memoria, desde el tiempo pasado, pienso si todos aquellos deseos de renovación que revoloteaban por nuestra mente al leerlos se han logrado; si todos aquellos sueños se han cumplido. No es ahora el momento de dar respuesta a tan complejo asunto. Lo que sí sé es que sin esa memoria, sin la reconstrucción de aquellos tiempos, jamás podríamos trazar y señalar los senderos que llevan hacia el porvenir. Confío en que los editores de hoy no pierdan de vista tan memorable hazaña.